



## TESTIMONIO PROFÉTICO PARA LA GENERACIÓN DE HOY

«No hay nada nuevo bajo el sol». Esta afirmación de Qohelet 1,9 puede parecer excesiva, pero en realidad es de considerable actualidad. Queriendo detenernos un poco en la profecía y en el tema que se me ha confiado, "testimonio profético para la generación de hoy", podemos darnos cuenta de inmediato de que la llamada y el testimonio de los profetas bíblicos todavía es necesario y urgente hoy en día en una situación que presenta aspectos y problemas similares a los que los profetas bíblicos han tenido que enfrentarse.

Para reflexionar sobre esto, particularmente me gustaría referirme a una figura profética que es particularmente significativa para ustedes, y que de alguna manera representa el comienzo de la profecía bíblica, el profeta Elías.

Articularé mi discurso en cuatro puntos, destacando algunos elementos que pueden ser útiles para la reflexión.

### *1. Sincretismo*

En los tiempos de Elías, estamos en el siglo IX, en el Reino del Norte, están marcados por una fuerte confusión espiritual y religiosa dentro de Israel; el pueblo se ha dejado contaminar por cultos paganos y bajo el reinado de Ajab, quien se había casado con Jezabel, hija del rey de Sidón, el baalismo también había entrado oficialmente en el reino de Israel, sin suplantarlo al Señor, pero conviviendo con el culto al Dios verdadero, un sincretismo extremo que Elías viene a denunciar.

La situación era extremadamente grave, también porque Baal ejercía una fuerte fascinación sobre la población, en una cultura esencialmente agrícola; Baal era, de hecho, el dios de la lluvia, un elemento esencial en una tierra desértica, y por lo tanto presidía la fertilidad de los campos y la fertilidad del ganado. De él se decía que había luchado con la muerte y al principio había sido derrotado, pero luego volvió a vivir y, al enfrentarse a la muerte nuevamente, esta vez había salido victorioso. Tal historia tiene relaciones obvias con el ciclo agrícola, con la semilla que muere y vuelve a vivir como una espiga, y con la alternancia de las estaciones, con la tierra golpeada por la sequía y luego vuelve a vivir bajo la lluvia.

Con Baal, Israel sufre la tentación de un dios domesticado y comprensible, al alcance del hombre, en abierto contraste con el Señor, el Dios de sus padres, con su invisibilidad y misterio, nunca predecible, cuyos caminos no son los de los hombres ( cf. Is 55,8-9) y de quien se recibe todo como un regalo pero, por tanto, siempre espera, en la incertidumbre de quien no puede obtener lo que quiere por medio de sacrificios, como se hacía con los ídolos. La fe a veces es agotadora, requiere confianza, la capacidad de esperar, ver más allá de las apariencias, esperar contra toda esperanza; Baal es un dios, en este sentido, más tranquilo, menos exigente, más accesible.

Nosotros también conocemos esta tentación, hombres de nuestro tiempo. Y mientras continuamos llamándonos cristianos, buscamos certezas y la ilusión de la salvación en las cosas y presuntos valores distintos de Dios. El dinero, el éxito, la salud y la belleza se han convertido en realidades absolutas, indispensables, a las que tendemos en todos los sentidos. Baal ahora se coloca al lado del Señor, la



búsqueda de sí mismo junto con la búsqueda de Dios, la veneración por el dinero y el poder económico y político junto con la veneración de los santos y los actos tradicionales de devoción. Incluso hoy, como en los días de Elías, es necesaria la voz del profeta para revelar la hipocresía y que cierre el cielo para convencer al mundo de que la vida solo puede venir de Dios.

Es así como comienza la misión de Elías, cuya tarea es sacar a la luz la verdad y ayudar a las personas a tomar conciencia, para llevarles a la conversión. Su palabra eficaz como profeta cierra el cielo y anuncia: «Tan cierto como que vive Yavé, Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá estos años ni rocío ni lluvia, a menos que yo lo ordene» (1 Reyes 17,1). Si Israel esperaba la lluvia de Baal, ahora sabrá que, en cambio, es el Señor quien manda sobre los cielos a través de la palabra de su enviado.

Se prepara un tiempo de sufrimiento y de muerte para la gente. Sin lluvia, ya no existe la posibilidad de cosechar, e incluso la ausencia del rocío confirma la sequía total. El misterioso don del rocío, que humedece el suelo incluso cuando no es el momento de las lluvias, se elimina, lo que abre una perspectiva aterradora de muerte para los hombres y el ganado. Una visión que parece evocar la maldición de David en las montañas de Guelboé, en la que Saúl y su hijo Jonatán habían perecido en la batalla:

*«Montes de Guelboé,  
que nunca más caiga sobre ustedes ni rocío ni lluvia,  
ni se vean campos exuberantes:  
porque allí fue profanado el escudo de los héroes.  
El escudo de Saúl...» (2 Sam 1:21).*

Con estas palabras, David da voz a su dolor y horror ante la tragedia de la derrota y la muerte del ungido del Señor y de su amigo amado; el fin de la lluvia y del rocío es el signo definitivo de una maldición (ver Deuteronomio 28,23-24), y manifiesta y expresa la inaceptabilidad de lo que ha sucedido.

Del mismo modo, en la época de Elías, el cierre del cielo revela la gravedad de la situación; el pecado del pueblo ha llegado a su punto máximo, creando una realidad de muerte que ahora se hace visible. La sequía profetizada y deseada por Elías es tanto una queja como un castigo, pero ambos son para la conversión y la salvación.

Porque la tarea del profeta es conducir a la reconciliación con Dios. Pero para dejarse perdonar y reconciliarse, para dejarse salvar, uno debe ser consciente de que lo necesita. El perdón otorgado solo es efectivo si el delincuente lo acepta; el pecador debe reconocerse a sí mismo como tal, tomar conciencia y reconocer la gravedad del mal que está cometiendo y desear ser liberado de él. Para eso están los profetas, la sequía decretada por Elías sirve para esto.

Estamos dentro de un proceso presente en la Sagrada Escritura y denominado *rib*, es decir, una disputa legal, en la que aquellos que han sido perjudicados recurren directamente al culpable, sin pasar por la mediación y el arbitraje de un tercero, y, al poner al otro frente a su verdad, le ayuda a tomar conciencia de su maldad para que, reconociéndola, pueda liberarse de ella y dejarse perdonar. El propósito del *rib* es, por lo tanto, la reconciliación, y supone, por parte de aquellos que han sido heridos en su derecho, una voluntad de vencer todo rencor y cualquier deseo de venganza para buscar el bien del otro ayudándolo a salir del círculo mortal de su maldad. De alguna manera, podemos decir



que aquellos que emprenden el *rîb* contra aquellos que son sus enemigos en realidad ya los perdonaron.

A diferencia de la sentencia, en la que uno recurre a un juez que solicita una condena del culpable y una posible indemnización, en el *rîb* no hay condena; por el contrario, se evita precisamente con el intento de alejar al culpable de su propia mala conducta. No hay condena, pero hay una denuncia del mal en cuanto mal, como un mal perdonado, un mal ya derrotado, si el culpable acepta la oferta que viene de un bien mayor, que solo quiere la reconciliación.

De esta manera, la justicia se restablece por completo, porque el mal se revela en su realidad, reconoce a la víctima su derecho y lo injusto, convirtiéndose, se vuelve justo. La injusticia ya no existe, ha sido recuperada y transformada por el perdón.

Esto es lo que Dios hace con respecto al pecador; así, en nombre de Dios, actúan los profetas; así, llevando todo a su cumplimiento, actúa la salvación de Jesús. Es el profeta verdadero y definitivo, el mediador de la misericordia del Padre, que ayuda a los hombres a tomar conciencia de su pecado y de la necesidad del perdón. Toda su actividad, predicación, signos, parábolas y milagros, deben contribuir a la realización del plan de salvación del Padre. Su "acusación" es la del *rîb*, una oferta de perdón que borra el pecado y libera a los hombres para siempre.

Y cuando él mismo es acusado, en el tribunal, donde la acusación no es para buscar la salvación sino para provocar una condena, Jesús, falsamente acusado, se queda en silencio (ver en particular Mt 26,62-63; 27.12 -14; Mc 14,60-61; 15,4-5; Lk 23,9; Jn 19,9-10). Porque para responder a las acusaciones habría sido necesario demostrar su falsedad, provocando así la condena de testigos falsos. Por tanto, Jesús calla, responde solo para dar testimonio de su propia verdad mesiánica (ver Mt 26,63-64; Mc 14,61-62; Lc 22,67-70), pero luego deja que la condena caiga sobre él, acepta ser declarado culpable y morir para que los acusadores se salven.

«El Padre me ama porque yo doy mi vida para retomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo mismo la entrego. En mis manos está el entregarla y el recobrarla: éste es el mandato que recibí de mi Padre»: estas son las palabras que Jesús dice en Juan 10,17-18, presentándose como un buen pastor que da su vida por sus ovejas. Con libertad extrema y total, entra en la muerte transformándola en un don de vida. Y es un regalo para todos, ya que el alcance salvífico de este evento histórico va mucho más allá del tiempo y del espacio en el que tiene lugar, para invadir cada tiempo y cada espacio, convirtiéndose en una ofrenda de salvación para todos los hombres de todos los tiempos y lugares.

En el misterio pascual, la misericordia divina encuentra su máxima expresión y eficacia. Jesús se convierte en víctima de todas las acusaciones, de todos los deseos de maldad, de toda violencia, para así poder perdonarlos como víctima, y liberar a todos los hombres. Frente a aquellos que quieren matarlo, él dice: no, soy yo quien doy mi vida por ti; su muerte tiene otro sentido, nadie puede quitarle la vida, es él quien la entrega en un acto de amor tan grande y definitivo, suficiente para abrir, a todos los que lo desean, el camino de la salvación y del perdón.

Este es el misterio que los creyentes están llamados a testificar. Y este es el "testimonio profético para la generación de hoy" sobre la cual vuestra vocación os interpela y os cuestiona hoy. Responder a la necesidad de la "generación actual" significa ser testigos hoy de la eterna misericordia del Padre, estar al servicio de un amor que sabe transformar la muerte en vida y el pecado en un don de la gracia.



Y esto es también lo que, cual semilla, vive y cumple Elías. La sequía es un llamado a los corazones de los israelitas para que se conviertan, y experimenten cómo "duele hacer el mal" y se dejen llevar por el camino de la conversión, abandonando la hipocresía de un sincretismo que conduce a la falsedad. Olvidándose de sí mismo, se pone al servicio del perdón de Dios, se convierte en un intercesor y en un mediador de la misericordia, incluso denuncia con dureza el mal que termina cerrando el cielo.

Nosotros también, hoy como Iglesia, estamos llamados a dar testimonio de esto y vivirlo en las diferentes situaciones de nuestra realidad. Tenemos que elegir decididamente entre Dios y Baal, para decidir en qué valores se basa realmente nuestra existencia, lo que alimenta de verdad el espíritu de nuestras comunidades religiosas, y luego desenmascarar la mentira del mundo con sus ídolos. Pero con el amor de los que perdonan, de los que miran con ojos misericordiosos, de los que no juzgan sino que se colocan al lado de los hombres para caminar con ellos en busca de la verdad.

Es un viaje difícil. Y la historia de los profetas, y la de Jesús, nos lo muestra. Obrar con misericordia conduce a la soledad y la persecución.

## *2. La soledad y la persecución.*

La historia de Elías, como la de cada profeta, está marcada por momentos de crisis y de serias dificultades. En su lucha contra Baal, después de la victoria del Monte Carmelo (ver 1 Reyes 18), cuando la gente finalmente parece entender y reconocer su error, y permite que regrese la lluvia, el profeta siente miedo. La credibilidad del ídolo había sido destruida, pero el rey, y sobre todo su esposa Jezabel, continuaron manteniendo el poder, y Elías fue sentenciado a muerte. Si con la lluvia el Señor de Israel se manifestó en verdad y con poder, demostrando ser el gobernante del cielo, ahora surge la pregunta de quién gobierna la historia; y parece que es el rey quien puede hacerlo, eliminando esa voz profética que se puso al servicio de Dios.

Es el destino del profeta, del portador de un anuncio de salvación que, sin embargo, debe pasar por la incómoda denuncia del pecado. Su misión está bien resumida en las palabras que el Señor le dirige a Jeremías enviándolo a profetizar contra Jerusalén:

« En este día te encargo los pueblos y las naciones:  
Arrancarás y derribarás,  
perderás y destruirás,  
edificarás y plantarás» (Jer 1: 10).

En este anuncio divino, tenemos cuatro verbos negativos y solo dos positivos. La desigualdad es significativa e indica la seriedad del mal que condiciona el camino de la salvación; en esos verbos se condensa todo el drama que marca la misión profética. Porque aquellos a quien se envía el profeta son prisioneros de un engaño que debe ser demolido para que la verdad pueda ser reconstruida y abierta la salvación. No hay misericordia sin verdad y por lo tanto sin juicio; el mal debe ser descubierto y juzgado, y así desarraigado y destruido; solo entonces será posible plantar una nueva semilla de verdad y hacer crecer la nueva realidad del bien.



Una oferta de perdón y de gracia que Dios hace a un mundo necesitado de verdad. El profeta, portador potente de una Palabra eficaz, también es indefenso y frágil. Él es el depositario de un mensaje que se ofrece con mansedumbre y que los hombres pueden rechazar, llegando también a silenciar al incómodo mensajero con persecuciones y hasta con la muerte.

Esto es lo que decidió Jezabel, obligando a Elías a huir, a causa del miedo. El profeta va al desierto y se dirige, solo, a este lugar de muerte. Busca salvar la vida, pero desea morir: «Basta. Yavé, toma mi vida, porque ya no valgo más que mis padres» (1 Reyes 19:4). Estas palabras son muy significativas: expresan la desilusión, una situación insoportable. Con esta frase, Elías dice que nadie podría aguantar, que nadie puede lograrlo, que su misión parece haber terminado. Son palabras de un hombre solo, vencido por la dolorosa percepción de un abandono insoportable, un abandono que no parece provenir solo de los hombres, sino también de Dios. El profeta siente el vacío a su alrededor y se enfrenta a la aparente inutilidad de su trabajo, la inutilidad de tanta lucha. Todo parece inútil y la única realidad capaz de percibir es la condena que se cierne amenazadoramente sobre él. Elías se declara derrotado y se duerme, en una especie de anticipación a la muerte.

Es la experiencia dolorosa del fracaso, esa amargura que tan a menudo acompaña nuestros trabajos. La tarea de la salvación, una experiencia casi siempre estimulante al principio, pronto se transforma en preguntas sin respuestas. Estamos solos, la fe nos lleva por caminos diferentes a los de los demás, vamos contra corriente, vivimos valores que no son los comunes. Y si esto nos puede ayudar a encontrar la fuerza para luchar, también puede provocar un cansancio que nos lleve a la renuncia. Los demás no nos escuchan, las iniciativas pierden interés, las propuestas chocan con la indiferencia. Es el esfuerzo del trabajo pastoral, y sobre todo el de resistir en la fe, el de creer que la semilla debe morir para dar fruto y que no lo veremos. Es la sensación de impotencia que va pareja con la necesidad de dejar que el Señor trabaje, sin pretender gestionar nosotros su proyecto, de acuerdo con nuestros criterios.

Esta es, pues, la tentación del sueño, de la renuncia; de «Basta...No soy mejor que mis padres». Es aquí donde Dios interviene con su ángel que nos ordena: "Levántate y come" (1 Reyes 19,5; ver también v. 7). Y con Elías, descubrimos la tortilla cocida en la piedra. Si bien queríamos rendirnos, alguien siguió cuidando la vida, nunca nos abandonó y se encargó de que cocináramos el pan que nos devuelve al camino.

Vivir al servicio de Dios y de su salvación significa vivir con fidelidad respondiendo a esta fidelidad de Dios, y como profetas debemos ser testigos de la fidelidad divina. Nuestro tiempo necesita creer en Aquel que no abandona a sus amigos, nunca nos deja solos. La situación actual se compone con demasiada frecuencia de amargas experiencias de traiciones, de haber confiado en la persona equivocada. Frente a la violencia imperante, los abusos, el rechazo de lo diferente, todos debemos volver a creer en la bondad, la amistad, la fraternidad. El testimonio profético surge entonces como un baluarte contra la tentación del sueño y el rechazo.

Pero necesitas permanecer fiel. Y cada vez que esta fidelidad nos pide que regresemos a las raíces de nuestra misión, para luego actualizarlas en situaciones individuales, día tras día. Para hacer esto, se requiere una apertura del corazón y una gran capacidad de escucha. En primer lugar, escuchar la Palabra de Dios.



### 3. Escuchando la Palabra de Dios

La Palabra de Dios representa el punto de referencia central e indispensable para el creyente, y aún más para aquellos que viven en una comunidad religiosa. Pide una escucha hecha de confianza, de adorar en silencio, de la obediencia. Es una escucha realizada con el corazón, que acoge y medita y traduce a la vida lo que la Palabra revela y enseña.

Como se sabe, en el mundo bíblico, el corazón se considera el órgano fundamental de la existencia, no solo desde un punto de vista físico sino también mental y espiritual. De hecho, es la sede de muchos sentimientos, de la capacidad de tomar decisiones, del conocimiento y de la voluntad. Por lo tanto, una escucha hecha con el corazón implica una fuerte implicación personal, una auténtica apertura de la mente, una disposición total para dejarse cambiar y transformar por lo que uno escucha. Esto requiere atención, silencio, amor respetuoso y la convicción de que lo que el otro nos tiene que decir es fundamental para nuestra vida, un tesoro precioso que debemos guardar cuidadosamente. Y escuchar de esta manera significa también poner en práctica lo que se ha entendido, de obedecer lo que se ha revelado. Escuchar y obedecer son prácticamente sinónimos, y de hecho, lingüísticamente, el acto de escuchar y el de obedecer en hebreo se indican con el mismo verbo.

Un texto de referencia clásico sobre todo esto es el conocido *Shema Yisrael* («Escucha, Israel»), que encontramos en el libro de Deuteronomio; lee el texto:

«Escucha, Israel: Yavé, nuestro Dios, es Yavé-único. Y tú amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón los mandamientos que yo te entrego hoy, repíteselos a tus hijos, habla de ellos tanto en casa como cuando estés de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes. Grábalos en tu mano como una señal y pónelos en la frente como tu distintivo; escríbelos en los postes de tu puerta y a la entrada de tus ciudades» (Dt 6: 4-9).

Estamos en el umbral de la tierra prometida, después del viaje largo y agotador por el desierto, que enseñó a la gente a vivir con fe, libertad y respeto por la verdad. Y ahora, Moisés, que también llegó al final de su viaje, instruye a Israel y lo prepara para la vida en la tierra prometida, donde le espera una situación totalmente nueva: no más vagar por el desierto en la precariedad de las tiendas, sino la estabilidad de una casa, en una tierra habitable; no más maná, regalo del cielo que esperar todos los días con confianza y también con incertidumbre, sino campos para arar y sembrar, y tierras para cultivar y donde cosechar los frutos; no más la obediencia material a las indicaciones recibidas (como recoger el maná, cuándo moverse y cuándo detenerse, etc.), sino la asunción de las responsabilidades personales con una obediencia diferente, adulta, que viene de adentro: la obediencia del corazón.

Y Moisés prepara a la gente para este cambio, les da instrucciones y les advierte, y les dice: «Escuchad». Escuchar es lo que fundamenta la vida de fe.

Lo que Israel tiene que escuchar es la verdad fundamental sobre la cual hay que basar la propia existencia: el Señor es Dios y es uno, y exige una relación única e irremplazable, una adhesión incondicional que se manifieste y tome forma en el amor y la obediencia a su ley. El absoluto de Dios pide un amor absoluto, y pide el reconocimiento del Señor como única fuente de vida y de bendición.



Por lo tanto, la obediencia a las palabras divinas, a la ley y a toda la revelación de Dios está relacionada con el Amor. Palabras para guardar en el corazón, para recordar siempre nuestra pertenencia al Señor y nuestro destino de santidad. Palabras que deben ser objeto de nuestro pensamiento en todo momento, siempre y en todas partes, y que se deben enseñar a los niños, como el tesoro máspreciado. Palabras que nunca deben olvidarse, escritas en las puertas, en la frente y en las manos, pero sobre todo en el corazón, para dar testimonio de la grandeza de la bondad de Dios y de su voluntad de vivir.

Es significativo que el texto del *Shema* esté precedido por la frase: «Escucha, pues, Israel, y cuida de poner en práctica lo que ha de traerte felicidad y prosperidad en esta tierra que mana leche y miel, como lo prometió Yavé, Dios de tus padres» (v. 3). Y más tarde, en el mismo capítulo leemos: «Entonces fue cuando Yavé nos ordenó poner en práctica todos estos preceptos y temerle a él, nuestro Dios, pues por ese camino nos iría bien y él nos daría vida, como hoy es el caso» (v. 24). Escuchar y obedecer la Palabra conduce a la vida, porque las palabras de Dios son palabras de vida y hacen vivir la vida de Dios. Y esas palabras son alimentadas por el profeta, un hombre de escucha, «Habla, Señor, porque tu servidor escucha» (1 Sam 3,9-10): así el joven Samuel se abre a su realidad como profeta y mediador de la vida.

Una figura de referencia de gran importancia con respecto a todo esto, para cada creyente y, creo que sobre todo para los carmelitas, es la figura de María, una figura que escucha sin reservas, con total disponibilidad y aceptando todas sus implicaciones.

Un texto particularmente significativo puede ser Lc 11,28. Jesús está predicando en respuesta a las provocaciones de algunos que habían presenciado la expulsión de un demonio y le acusaron. Y mientras él está hablando, «una mujer levantó la voz de entre la multitud y le dijo: “¡Feliz la que te dio a luz y te crió!” Jesús replicó: “¡Felices, pues, los que escuchan la palabra de Dios y la observan!”» Un dicho que recuerda a otro, del capítulo 8, sobre los verdaderos parientes de Jesús: «Alguien dio a Jesús este recado: “Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte.” Jesús respondió: “Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen.”» (8,20-21).

Aquí está contenido todo el significado de la verdadera escucha: aquellos que «escuchan la palabra de Dios y la guardan» y «la ponen en práctica» son los verdaderos parientes de Jesús y son los verdaderos bendecidos. Vigilar y hacer: estos son los dos polos que siguen a la escucha: la Palabra se escucha realmente (no se escucha simplemente) en la medida en que se mantiene en el corazón, es decir, repensada, meditada, amada y luego puesta en práctica, traducida en acciones y en vida.

Hija de Abraham y Moisés, María vivió dentro de esta tradición y esta espiritualidad de la escucha, obedeciendo al *Shema*, oyente obediente y fiel de la palabra del Señor. Y Jesús ahora la presenta como modelo. Frente a la mujer que, para alabarlo y mostrar su grandeza, proclama bendita a su madre, él responde que María es bendita, pero porque ella escuchó la palabra de Dios y la guardó, es decir, la meditó y la puso en práctica.

#### 4. *Viviendo en lealtad*

María, por tanto, nos muestra el camino; pero poner en práctica y vivir la Palabra requiere una comprensión profunda de su significado para que pueda encarnarse en las diversas situaciones. La fidelidad a la Palabra de Dios, y a la vocación particular que el Señor nos da a cada uno de nosotros,



pasa por hacer nuestro lo que se nos dice, una interiorización que luego puede concretarse de acuerdo a las diferentes situaciones que vivamos.

La Palabra es una, pero la fidelidad se irá transformando de acuerdo a los distintos acontecimientos de nuestra vida.

Esto es típico del profeta, que interpreta los acontecimientos y actualiza el significado de la Ley. Pero también es una dimensión sapiencial, una manifestación necesaria de la escucha de la sabiduría divina.

De hecho, para poder realizar esta actualización, uno debe tener una buena comprensión del significado de las cosas y, por lo tanto, encontrar una respuesta adecuada a los cambios que se deben afrontar. La figura del piadoso Tobías, del libro de Tobías, nos ofrece un ejemplo muy significativo. Tobías, un judío de la tribu de Neftalí, era un hombre justo y fiel a la ley del Señor. Vivió en el reino del norte, separado por lo tanto de Jerusalén, en una situación de contaminación con cultos paganos. Aquí también, como en la época de Elías, el sincretismo había entrado en la mentalidad religiosa del pueblo y la distancia del templo de Jerusalén había favorecido la proliferación de santuarios descentralizados que absorbieron las costumbres y las creencias de los pueblos paganos circundantes. Pero Tobías continúa viviendo con fidelidad haciendo peregrinaciones al templo cada año mientras prescribe la ley y la fe de los padres; y en el templo, fiel y obedientemente, ofreció los primeros frutos y diezmos para los levitas y cada tres años para las viudas, huérfanos y extranjeros (ver Deut. 14). La fidelidad de Tobías a Dios se vivió en plenitud, tanto en la relación con el Señor como hacia sus hermanos, de acuerdo con la perspectiva de las dos tablas de la Ley. Pero cuando llega el exilio en Asiria, Tobías debe cambiar el modo de vivir su fidelidad; el templo ya no es accesible y la ofrenda de los primeros frutos ya no es posible. Tobías debe adaptarse a una nueva realidad y encontrar formas de continuar viviendo los mismos valores que antes pero ahora de una manera diferente. Las formas de su relación con Dios cambian, pero traducen el mismo significado de un modo nuevo.

Y, mientras sus compatriotas están siendo contaminados por el mundo pagano en el que se ven obligados a vivir, Tobías mantiene su identidad como judío al negarse a comer comida pagana. Ya no existe el Templo ni la posibilidad de peregrinar, y Tobías continúa diciendo que pertenece al Señor de Israel al obedecer la ley de los alimentos puros e impuros, reafirmando simbólicamente su propia diversidad frente a los gentiles y profesando, a través de la obediencia a esa ley, que la vida solo puede venir de la obediencia a Dios y de la relación con Él. Y si ya no es posible ofrecer los diezmos y los primeros frutos que se usaron para los pobres, Tobías los transforma en limosnas dando vida a una nueva forma de justicia y de distribución de la riqueza. Y finalmente encuentra otra forma de fidelidad a su vocación como judío: a pesar de las prohibiciones, entierra a sus compatriotas muertos, movido por una piedad que va más allá de la muerte y trae de vuelta a los hermanos, que se habían desviado, de vuelta al pueblo, por medio del acto simbólico de entierro que los reúne con los padres que reposan en el seno de la misma tierra, haciéndolos partícipes de la divina misericordia que vence a la muerte.

Así se vive la fidelidad y a esto estáis llamados. A una obediencia que sabe ir más allá del cumplimiento y de la pura conformidad formal y externa del precepto o regla para abrirse a una obediencia interior, genial y filial, que internaliza y asume como propio el mandato, que hace suya la palabra que escucha, en una unión de voluntades que encontrará su más perfecto cumplimiento en el Hijo.



---

La escucha obediente que atraviesa la prueba de "guardar" y "cumplir" la orden abre al creyente a la obediencia que se pregunta el significado de lo que lee, comprende sus implicaciones, confronta la realidad del momento y, de su propia existencia, actualizándolo de manera totalmente responsable y libre, por medio de una verdadera obediencia del espíritu y en el espíritu.

Y luego se vuelve "bendecido", incluso más que por haber llevado a Jesús en el vientre. Bendecido con esa bendición que Dios comparte con nosotros al compartir con nosotros su Palabra, bendecido como María por haber escuchado la Palabra de Dios y haberla guardado, parientes de Jesús por haberla escuchado y puesta en práctica.

Y entonces también será posible reconocer la presencia de Dios en los nuevos signos de su revelación y ayudar a los hermanos de nuestra generación, como verdaderos profetas, a reconocer su rostro y escuchar su voz. Ya no es el fuego, el terremoto, el viento impetuoso de la teofanía del Sinaí. En la escucha contemplativa y orante de la Palabra divina, estamos llamados a escuchar el silencio y reconocer al Señor, con Elías, en una «voz de silencio sutil» (1 Reyes 19,12). Y la "generación actual" habrá encontrado su "testimonio profético".

Bruna Costacurta